

Conversación con Lázaro Sánchez-Pinto

Francisco García-Talavera Casañas

(Presidente del Organismo Autónomo de Museos
y Centros del Cabildo de Tenerife)
(introducción)

Rubén Barone Tosco

(Miembro de la Asociación)
(entrevista)

Cuando los sentimientos de amistad y compañerismo llegan a ser tan profundos, resulta muy difícil sintetizar una semblanza de la trayectoria, a lo largo de tantos años (más de 30) de relación científica y personal con Lázaro. Son tantas las vivencias, que no sabes por donde empezar. En esta historia lo que sí está claro es que el “catalizador” ha sido siempre el Museo de Ciencias Naturales. Nos conocimos en 1975, cuando Lázaro recaló por las vetustas dependencias del Antiguo Hospital Civil, becado por el Cabildo de Tenerife para colaborar en la implantación de la nueva sede del Museo. Prácticamente nos acabábamos de trasladar desde las primeras instalaciones que tuvo nuestra institución en el Parque de La Granja. Recuerdo a Lázaro como un “pive” biólogo, que por esas fechas estaba haciendo “la mili”, como delataba su corte de pelo, más aún en aquellos años....

Pronto empezamos a “hacer Macaronesia”, y así, en febrero de 1976, viajamos en el pequeño barco oceanográfico “Agamenón” rumbo a las Salvajes. La que sería una expedición histórica dio paso a otras mu-

chas. En 1978 Lázaro y yo nos embarcamos en un pesquero caboverdiano y recorrimos varias islas de este árido archipiélago, investigando y colectando material que luego engrasaría las colecciones de nuestro Museo. Al año siguiente nos fuimos al otro extremo cuando acudimos a un congreso en Azores, y así conocimos por primera vez la naturaleza de ese húmedo archipiélago oceánico: “la Macaronesia verde”. Los años 80 marcaron un hito en el acercamiento a nuestro “hinterland” natural: la vecina costa de África, ese inhóspito territorio con el que los canarios compartimos gran parte de nuestra historia. Nos habíamos trazado el objetivo de estudiar las relaciones biogeográficas entre Canarias y lo que denominamos “Macaronesia continental”, una franja litoral que va desde el Sur de Marruecos hasta Senegal, pasando por el Sáhara y Mauritania. Tras sucesivas expediciones, siempre organizadas desde el Museo, a lo largo de esa década conseguimos avanzar considerablemente en el conocimiento de la fauna, flora y gea, e incluso, la antropología y etnografía de esta interesantísima región oesteafriicana.

Las colecciones y la información gráfica del Museo seguían incrementándose...

En los 90 se abrieron nuevos horizontes y dimos el salto al Pacífico. Las expediciones a las célebres islas Galápagos en 1990, 1991 y 1992 también constituyeron un hito en la proyección internacional de nuestros investigadores y, una vez más, el protagonista principal fue el Museo de Ciencias Naturales del Cabildo de Tenerife. En ese emblemático archipiélago y, también por esas fechas, en la misteriosa isla de Pascua, Lázaro y yo compartimos momentos inolvidables que fueron reforzando nuestra amistad y compañerismo. Hay tantas anécdotas que contar... Lo que si está claro es que tras muchos días de duro trabajo en lugares lejanos y en condiciones hostiles es cuando de verdad conoces a las personas. Y Lázaro hace mucho tiempo que pasó la prueba del “saber estar”.

Para finalizar la trayectoria expedicionaria de Lázaro Sánchez-Pinto y Pérez-Andreu –pocas personas conocen sus apellidos completos–, cabe decir que en los años transcurridos del nuevo milenio, nos hemos centrado básicamente en el desierto del Sáhara y Mauritania, con esporádicos viajes a los archipiélagos macaronésicos, en donde Lázaro, con su sabia y meticulosa colecta de líquenes y plantas vasculares, ha ido confeccionando un herbario que ahora mismo es la envidia de muchos. La Carta Paleontológica de Fuerteventura también nos ha mantenido ocupados en los últimos cuatro años, “pateándonos la isla de cabo a rabo” para localizar e inventariar los numerosos yacimientos fosilíferos que posee. En estos momentos estamos coordinando desde el Museo un ambicioso proyecto de estudio de los cráteres de impacto de Mauritania, en el que están involucrados prestigiosos cien-



Con Don Telesforo en La Graciosa, en 1991.

tíficos de varias universidades y centros de investigación canarios y españoles, proyecto que, de cumplirse nuestras previsiones, podría tener una gran repercusión científica internacional.

Con estas sentidas palabras he tratado de resaltar, aunque muy resumida, la faceta “viajera” de Lázaro, pues –como ya comenté– compartiendo vivencias y emociones, es como he llegado realmente a conocer y aprender del compañero, amigo y, sobre todo, gran persona que es.

¿A qué edad surgió tu interés por la Naturaleza, y en concreto por las plantas?

Pues, la verdad, no me acuerdo. Los niños de antes de que llegara la televisión éramos naturalistas natos, unos por vocación y otros por obligación. No sólo los que vivían en el campo, también los de la ciudad. Por ejemplo, en las huertas, balcones y azoteas de Santa Cruz se criaban conejos, palomas, canarios, loros, quíqueres, gallinas, gallos de pelea, morrocollos; en Las Palmas incluso tenían cabras en las azoteas. Había muchos gatos y perros callejeros, y en los alrededores se veían burros, caballos, vacas, cabras, ovejas, cochinos, en fin, animales grandes por todos lados, aparte de infinitas moscas.

Después del almuerzo, la gente mayor se adormilaba con un matamoscas en la mano. De modo que de chicos estábamos muy familiarizados con otros seres vivos, los sentíamos, los oíamos, los olíamos, convivíamos con ellos. Y eso, sin duda, deja huella. Yo pasaba parte del verano con mi hermana y mis tías en la casa familiar de La Laguna, jugando en un gran jardín –que aún existe– con muchos árboles canarios, dragos, laureles, viñátigos, enormes enredaderas de corregüelas de monte e hiedras canarias, y otras muchas especies propias del monte-verde, plantadas por mi abuelo a comienzos del siglo pasado. El resto del verano lo disfrutaba en Bajamar, en la mar salada, entre algas y tarajales, y correteando por campos cubiertos de inciensos, tabaibas, magarzas, balos y otras plantas de olores penetrantes, esos que nunca se olvidan. Es posible que mi interés por la flora canaria venga de ahí, pero no estoy muy seguro.

¿Cuándo decidiste especializarte en los líquenes, y por qué ese interés tan particular en este grupo de plantas tan poco conocidas?

No fue una decisión mía. Me lo propuso mi tutor, el profesor Wolfredo Wildpret, cuando terminé los estudios universitarios, en 1975. Ese mismo año entré como becario en el Museo de Ciencias Naturales, y allí comencé a introducirme en el mundo de los líquenes. Si Wildpret me hubiera propuesto estudiar la flora de las charcas de agua dulce o las propiedades medicinales de las tunezas, pues lo habría hecho con la misma ilusión y entrega. Digo esto porque me parece que cualquier aspecto de la naturaleza puede resultar interesantísimo y apasionante si uno le dedica entusiasmo y el tiempo necesario. Además, creo que comenzar la vida



Expedición a las Salvajes, en 1976. De izquierda a derecha: Pedro Luis Pérez de Paz, Marcos Báez, Pedro Oromí, Lázaro Sánchez-Pinto, Antonio Sosa, Nino Acebes, Juan Coello y Telesforo Bravo. Al fondo, un petrolero encallado. Foto: F. García-Talavera.

profesional especializándose en un campo determinado es bastante útil, ya que así se aprende pronto la metodología y el manejo de instrumentos científicos, que son dos facetas fundamentales en el estudio de la naturaleza. A medida que adquirimos más conocimientos sobre un tema concreto, nos damos cuenta de que en la naturaleza todo está relacionado, la flora, la fauna, la gea, el clima... En realidad, cuanto más sabemos sobre un tema, más conscientes somos de lo poco que sabemos sobre el mismo, pero se nos abre un mundo mucho más amplio, una visión de conjunto que, paradójicamente, nos proporciona la especialización.

Gracias al profesor Wildpret, tuve la suerte de conocer a dos personas muy entrañables para mí. Una fue Mr. Charles L. Champion, un ingeniero inglés ya fallecido que, tras su jubilación, decidió vivir en Tenerife, en una bonita casa de Las Candelas, en La Orotava. Míster Champion – como *las bujías*, decía él – era un naturalista nato cuyo “hobby” eran los líquenes y los mixomicetes. Él me enseñó los fundamentos de la liquenología y, durante más de 20 años, estuvimos saliendo al campo, prácticamente casi todas las semanas, a recolectar líquenes en Tenerife. Juntos recorrimos nuestra isla de cabo a rabo y publicamos el primer catálogo de líquenes de Canarias. A través de él conocí al profesor Peter James, por aquel entonces responsable de la sección de Botánica del British Museum (Natural History), donde pasé una temporada como investigador-huésped. Bajo su supervisión estuve identificando líquenes de las islas Canarias que se conservaban en grandes cajas de madera cuidadosamente apiladas en largos pasillos. Algunas no se



habían abierto nunca y contenían especímenes recolectados hacía más de 200 años por ingleses afincados en nuestras islas, que los habían remitido al museo que se consideraba el más importante del mundo. Y estoy seguro de que otras muchas cajas todavía no se han abierto. Ese es uno de los problemas de los grandes museos: mucho material por estudiar, pero poco presupuesto y poco personal investigador.

Otra persona que influyó en mi vida profesional —y personal— fue el profesor Gerhard Follmann, uno de los liquenólogos más importantes y reconocidos de Europa. Con nuestro querido Gerardo, así lo



Con Francisco Ika Pakarati en Pascua, en 1992, junto a la piedra trompeta.

llamamos Chely Hernández Padrón y otros botánicos locales, hemos recolectado en varias islas y publicado muchos artículos científicos. Follmann fue director del Naturkundemuseum de Kassel, el museo de Historia Natural más antiguo de Europa. Como buen alemán, Gerardo es metódico y muy serio en su trabajo. Pero, además, es una persona encantadora, divertida, habla perfectamente el español y le gusta mucho la cerveza Dorada. ¿Qué más se le puede pedir a un maestro? Hay algo que ahora tengo muy claro, después de haber conocido personalmente a lo largo de más de 30 años a muchos científicos que han investi-

gado en nuestras islas: los que más saben son personas normales y sencillas, seguras de sí mismas y agradables en el trato; los mediocres son pedantes, distantes, inseguros y antipáticos.

Sabemos que también sientes una especial pasión por los viajes. En este sentido, de todos los rincones del Planeta que has visitado, ¿con cuáles te quedarías?

Sí, es cierto, me gusta mucho viajar. Conocer la naturaleza y la gente de otros lugares del mundo es una maravilla que, hoy en día, está al alcance de casi cualquier persona que se lo proponga, si es que tiene verdadero interés. Pero reconozco que, gracias al Museo, he podido viajar con mis compañeros a regiones remotas, exóticas para nosotros y muy poco frecuentadas por turistas; eso sí que ha sido un auténtico privilegio. No podría decir cuáles son las que más me han gustado, porque todo es relativo. Por ejemplo, si recorremos el desierto durante varios días, atontados por el calor, sucios, sedientos, y llegamos a un oasis de palmeras datileras por el que discurre un arroyo de agua fresca, para nosotros ese lugar, en ese momento, es el mejor, el más bonito del mundo.

Y ese es el recuerdo que permanece en nuestra memoria. Creo que nos acordamos más de un momento agradable en un viaje que de, por ejemplo, un paisaje espectacular. Para los botánicos, por poner otro ejemplo, y supongo que para los viajeros en general, llegar a cualquier región del globo en el momento en que la vegetación está en plena floración, no sólo es interesante desde el punto de vista científico, sino que nos provoca sensaciones más agradables y duraderas que si la

visitamos en otra estación del año. Dicho esto, reconozco que hay lugares que me han gustado muchísimo y de los que guardo recuerdos muy gratos, islas como las Galápagos o las Salvajes, y algunas regiones continentales, el Tiris, en el Sáhara Occidental, Kerala, en India, o la Cassamance, en Senegal. Y, claro está, todas y cada una de nuestras queridas islas Canarias, incluyendo los islotes, faltaría más. Por otro lado, soy muy afortunado por haber tenido casi siempre excelentes compañeros de viaje, como Don Tele, Checho Bacallado, Manolo Morales, Paco García-Talavera, Pepe López Rondón y otros muchos amigos relacionados con nuestro museo.

Con respecto a tus expediciones por el desierto del Sáhara y los archipiélagos macaronésicos, muchas de ellas realizadas a través del Museo de Ciencias Naturales, ¿qué aportaciones y descubrimientos científicos has realizado en tu campo, el de los líquenes y la flora en general?

Gracias a las expediciones que hemos realizado a todos los archipiélagos macaronésicos y a las regiones africanas vecinas, el Museo de Ciencias Naturales de Tenerife posee actualmente importantes colecciones de referencia de plantas vasculares y líquenes del entorno canario, conservadas en las condiciones adecuadas y disponibles para su estudio por parte de cualquier

investigador interesado. Estas colecciones han servido, por ejemplo, para la elaboración de los catálogos de plantas vasculares y de líquenes, respectivamente, del Banco de Datos de Biodiversidad de Cabo Verde, un proyecto financiado por la UE con fondos Interreg, en 2005. Basándonos en esas colecciones y en colaboración con diferentes liquenólogos, también hemos publicado varios artículos científicos sobre líquenes de Azores, Madeira y Cabo Verde. Y la flora liquénica de las Salvajes constituyó el tema de mi tesina. Los archipiélagos macaronésicos y las zonas montañosas de Marruecos poseen una flora liquénica rica y variada, pero en los países africanos vecinos, Sáhara Occidental, Mauritania, Mali,

Senegal, etc., apenas crecen unas pocas especies de líquenes. Para mí ha sido un poco decepcionante, pero es lógico, ya que los líquenes se sustentan literalmente del aire y del agua de lluvia que, como todos sabemos, es muy escasa en esas regiones tan áridas.

Otro aspecto importante de estas expediciones es que nos han permitido reconocer *in situ* las relaciones biogeográficas, y en particular las florísticas, que existen entre Canarias y las regiones insulares y continentales de su entorno. Es un tema interesantísimo que ya nos ha proporcionado información muy valiosa y que, sin duda, nos seguirá aportando nuevos datos en futuras expediciones.





Con Paco García-Talavera en Galápagos, en 1990.

Sabemos que estás entre los defensores de la idea de la Macaronesia en el sentido biogeográfico, aunque con ciertos matices. ¿Crees que este término sigue teniendo validez, a pesar de las últimas tendencias científicas al respecto? ¿Incluirías en el ámbito macaronésico a la región del noroeste de África más próxima a nosotros?

He tenido la suerte de recorrer prácticamente todas las islas de los cinco archipiélagos macaronésicos, muchas de ellas en varias ocasiones, y no me cabe la menor duda de que conforman una región biogeográfica con entidad propia, al menos desde el punto de vista botánico. Está claro que se trata de una región discontinua y, lógicamente, las afinidades florísticas son más evidentes entre archipiélagos próximos que entre los situados a gran distancia. De hecho, Philippe Barker Webb, el botánico inglés del siglo XIX que recuperó el antiguo nombre de origen griego, “Macaronesia”, lo hizo exclusivamente para referirse a los archipiélagos de Madeira, Salvajes y Canarias, cuyas relaciones florísticas son incuestionables. Estos tres archipiélagos constituyen el núcleo central de la región macaronésica e, incluso, podrían considerarse como un sólo

archipiélago, también desde el punto de vista geográfico. Por ejemplo, la distancia entre La Palma y Madeira es casi la misma que entre La Palma y Lanzarote, y la que hay entre El Hierro y La Graciosa es el doble de la que existe entre esta última isla y las Salvajes. Todas las especies vasculares que crecen en Salvajes, excepto la media docena de endemismos locales, lo hacen en Canarias, y dos de cada tres plantas silvestres de Madeira se encuentran también en Canarias. Ambos archipiélagos comparten 14 géneros endémicos, exclusivos de la Macaronesia, y más de 60 endemismos, aparte de numerosísimas especies estrechamente emparentadas entre sí, como demuestran las modernas investigaciones en genética molecular. Azores y el grupo central macaronésico constituyen la llamada “Laurimacaronesia”, porque albergan un tipo de vegetación único en el mundo, la laurisilva.

Si se tienen en cuenta sólo las plantas nativas, las afinidades florísticas entre este archipiélago y el núcleo central resultan mucho mayores y no se reducen a las especies propias de la laurisilva. De hecho, casi la mitad de la flora endémica azoreana es de origen macaronésico, a pesar de que la distancia al archipiélago más cercano, Madeira, es de unos 900 Km. Por otro lado, Cabo Verde y el grupo central macaronésico comparten muchos elementos comunes o estrechamente emparentados. Como en Azores, casi el 50% de la flora endémica caboverdeana es de origen macaronésico, un porcentaje elevadísimo si se tiene en cuenta que la distancia al archipiélago más próximo, Canarias, es de unos 1.300 Km. Esas relaciones florísticas se manifiestan claramente en varios géneros y especies de tendencia termófila, por lo que hemos propuesto para este grupo el nombre de “Termomacarone-



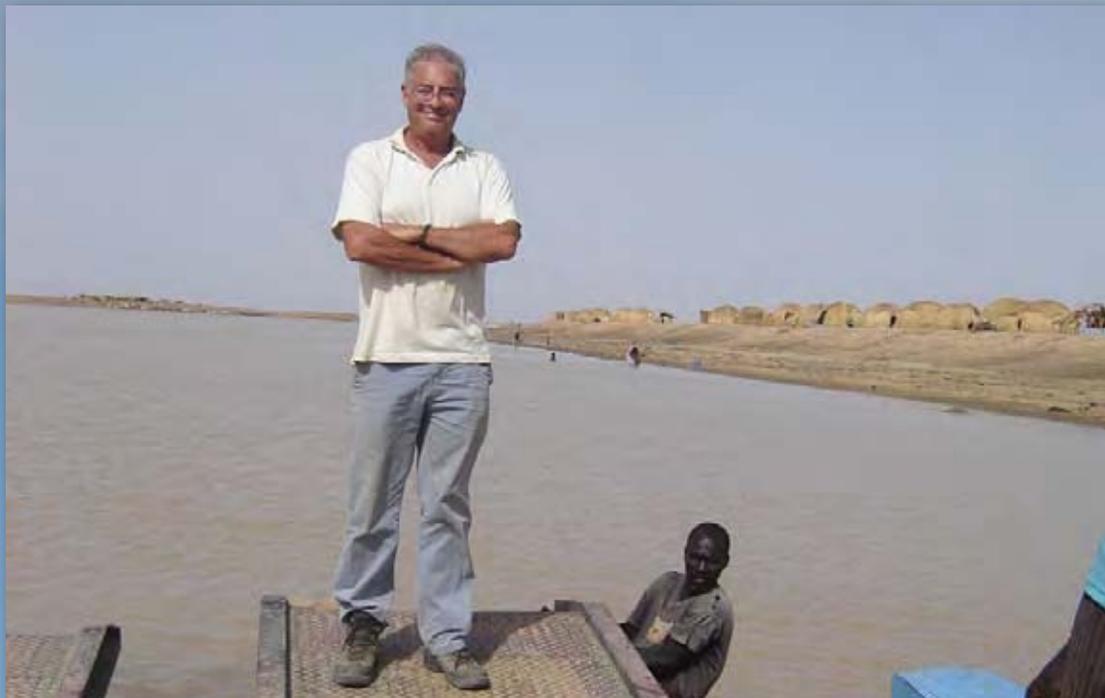
Con Pepe López Rondón y Paco García-Talavera en la torre canaria de Santa Cruz de la Mar Pequeña, Sáhara Occidental, en 1998.

sia”. Por otro lado, los cinco archipiélagos están situados en la ruta de dos grandes sistemas circulatorios del Atlántico Norte: la corriente del Golfo y los vientos alisios.

Ambos sistemas han estado funcionando con mayor o menor intensidad, pero con regularidad, desde hace millones de años, conectando directamente todos los archipiélagos en sentido norte-sur. Esa conexión también existe en sentido sur-norte, aunque no de forma regular. Se produce cuando se forman grandes borrascas en el desierto del Sáhara. Éstas desplazan a grandes distancias masas de aire caliente cargadas de polvo sahariano y también de esporas, semillas y otros propágulos vegetales, aparte de insectos, arañas, etc. Las imágenes de satélite, disponibles desde hace pocos años, muestran claramente cómo esos vientos pueden incidir en Canarias y, desde

allí, dirigirse a Madeira e, incluso, llegar a Azores y alcanzar las costas americanas. Y lo mismo ocurre desde Cabo Verde hacia Canarias, Salvajes y Madeira. Igual que acarrear propágulos vegetales desde el continente hasta los archipiélagos, también los transportan de un archipiélago a otro. Existe, por tanto, una “ruta macaronésica” que facilita la circulación de material genético conectando directamente todos los archipiélagos en ambos sentidos.

Con respecto al llamado “enclave macaronésico continental”, no considero que forme parte de la región macaronésica en sentido estricto. Se trata de una región del vecino continente africano donde crecen muchas especies idénticas o estrechamente emparentadas con plantas endémicas del núcleo central macaronésico: uvas de mar, balcones, tarajales, tabaibas, cardones, dragos, etc. Aunque sus



En el río Níger, Mali, en 2007.

límites son ambiguos, ya que algunas de esas plantas tienen una distribución muy amplia, es posible acotar una zona concreta donde se concentra la mayor parte de esa flora afín a la macaronésica, aunque hay que aclarar que allí también crecen muchísimas otras especies que no se encuentran en las islas macaronésicas. Abarca aproximadamente la franja costera entre Cabo Ghir y la desembocadura del río Draa, y se extiende hacia el interior formando un arco de unos 50 Km de radio, limitado por el macizo del Anti Atlas, que

la protege de los vientos secos del desierto. En el museo tenemos la intención de realizar nuevas incursiones a esta región tan interesante para nosotros desde el punto de vista biogeográfico y, también, antropológico.

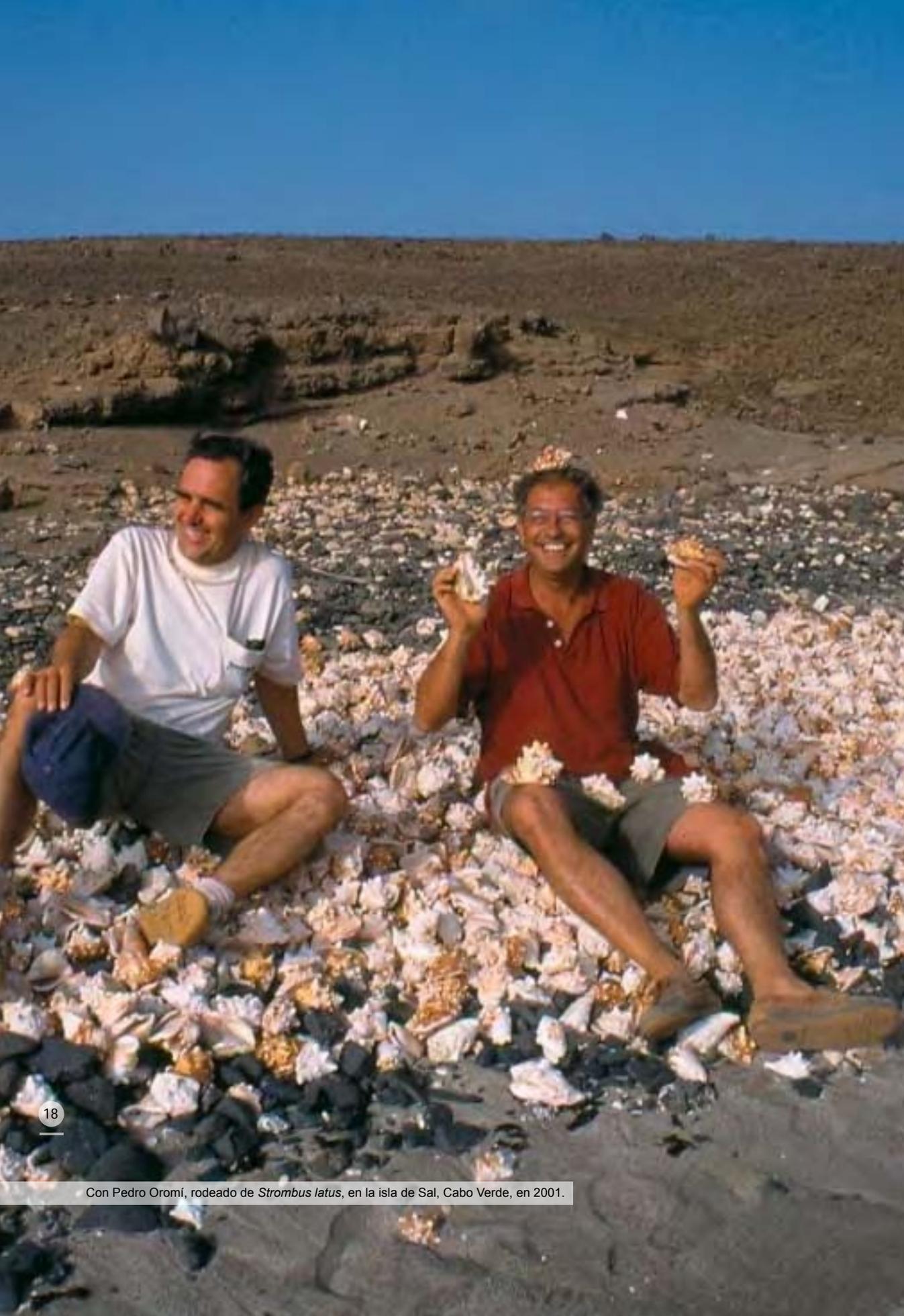
¿Qué piensas del rumbo que llevan las islas Canarias en la actualidad, en lo concerniente al estado del medio ambiente y el desarrollo sostenible? ¿Eres partidario de una moratoria en el sector de la construcción?

A grandes rasgos, no creo en el llamado desarrollo sostenible, en el sentido de que es posible mantener un equilibrio entre la naturaleza y el bienestar de los seres humanos. Eso está muy bien para los que vivimos en una sociedad avanzada, con las necesidades básicas resueltas, alimentación, sanidad, educación, transporte, etc., pero no para el inmenso resto de la Humanidad, que sobrevive bajo mínimos. Por ejemplo, millones de personas que habitan en el Sahel, la franja inferior del Sáhara que se extiende desde el Atlántico hasta el Índico, necesitan talar una enorme cantidad de árboles y arbustos

cada año, simplemente para poder subsistir, alimentar sus ganados, utilizar la leña como combustible, fabricar sus casas, carros, aperos de labranza, etc. Esa es una de las principales causas de la expansión del desierto, aparte del famoso cambio climático que se atribuye a los países industrializados. Nosotros hemos tenido la oportunidad de observar a lo largo de más de 20 años, cómo el desierto ha ido avanzando a una velocidad tremenda. Pero a esas personas que sobreviven en condiciones miserables no se les puede pedir que cambien de actitud, porque no tienen otra alternativa, excepto arriesgarse a cruzar el océano en



Con Enrique Moreno, el "Mofe", en el archipiélago Chinijo, en 2005.



Con Pedro Oromí, rodeado de *Strombus latus*, en la isla de Sal, Cabo Verde, en 2001.

una patera. Y los países ricos siguen sin hacer absolutamente nada para cambiar la situación. Es más, según el protocolo de Kioto, tan “sagrado” para los defensores del desarrollo sostenible, pueden comprarles cuotas de contaminación atmosférica a esos países que no contaminan nada porque no tienen industrias contaminantes.

Cuando uno ve a diario la gran cantidad de maquinaria pesada, grúas, tractores, hormigoneras, camiones, etc. que pululan por nuestras islas, abriendo nuevas carreteras, levantando nuevas construcciones, cubriendo las antiguas fincas agrícolas de cemento, piche, escombros, invadiendo progresivamente los espacios naturales protegidos..., en fin, uno se queda estupefacto. Esas máquinas deberían estar en los países pobres, creando infraestructuras básicas que permitan su desarrollo, no en Canarias, que ya está bastante desarrollada. En mi opinión, los proyectos de cooperación entre Canarias y los vecinos países africanos deberían ir por ese camino que, desde luego, no es fácil y entraña muchas dificultades. Pero si se logran acuerdos avalados por organismos internacionales fuertes, como la UE, la ONU o el Banco Mundial, lo que es imprescindible para asegurar la financiación y la buena marcha de esos proyectos, tanto las empresas constructoras asentadas en Canarias como los vecinos países pobres, saldrían beneficiados. Y la naturaleza canaria también.

Con respecto a la moratoria en la construcción, soy bastante escéptico a tenor de lo que hemos podido comprobar hasta ahora. Por ejemplo, en Fuerteventura, durante los meses anteriores a la entrada en vigor de la moratoria se construyeron centenares de viviendas clónicas por toda la isla, transformando sensiblemente los paisajes majeros, sobre todo esas extensas llanuras que

relajaban la vista. Ahora están salpicadas de casitas por todos lados, todas siguiendo unos pocos modelos predefinidos, y la mayoría a medio construir. Cada una necesitará acceder a los servicios básicos, luz, agua, transporte, etc., con todo lo que eso conlleva: más tendidos eléctricos, más carreteras, etc. No hubo una planificación previa y ése ha sido el resultado de la moratoria.

Es evidente que el sector turístico es la base de nuestra economía y que las empresas constructoras juegan un papel importantísimo. La Reserva para Inversiones en Canarias, la famosa RIC, se gestó para estimular a las empresas cuya actividad se desarrolla en nuestras islas. Esas empresas pueden ahorrarse hasta el 90% de los impuestos que deberían pagar por sus beneficios a la Hacienda Pública, si ese dinero lo utilizan para invertirlo en Canarias. Y una de las inversiones que se admiten y que, además, es la más rentable, es en nuevas construcciones. Sin embargo, la RIC no permite invertir en la rehabilitación de viejas construcciones, como hoteles, edificios de apartamentos, etc., que han quedado obsoletos para el turismo. De modo que es más rentable construir nuevos edificios que rehabilitar los viejos. Mientras no se cambien esos criterios de la RIC, seguirán construyéndose nuevos edificios y arruinándose los viejos. No se puede culpar a las empresas constructoras por aprovechar las ventajas que ofrece la RIC, porque su objetivo, como el de cualquier otra empresa, es ganar dinero y, de paso, generar riqueza. Son los políticos canarios los que deben reflexionar sobre la actual RIC, y realizar los cambios pertinentes dentro del marco jurídico del Régimen Económico y Fiscal de Canarias (REF), para que el conjunto de la sociedad canaria, y no sólo determinadas empresas, salga beneficiado.